

Los anticuarios en Roma y Sevilla

I

Desde antiguo vienen pretendiendo notables escritores españoles, patentizar y dar relieve á las líneas especiales de la figura de los coleccionistas de antigüedades, aun cuando no se haya llegado á publicar una *Fisiología del curioso*, ni haya servido la arqueología de base para una novela como *El Anticuario* de Walter Scott.

Véanse, en prueba de aquel aserto, el *Semanario Pintoresco Español*, 1847.—*Los Españoles pintados por sí mismos*, 1843.—*Los Españoles de ogaño*, 1882, los versos de Luis de Belmonte, Bretón de los Herreros y Manuel del Palacio, y los artículos del conde de Esteban Callantes, publicados en *El Liberal*.

Ultimamente, hasta el insigne Echegaray supo hallar en las manías de un coleccionista, la clave de una de sus mejores obras, y el general Nogués les ha dedicado un volumen, en octavo, con el título de *Ropavejeros, anticuarios y coleccionistas*.

En Francia han sido muchos los que han tratado del asunto y lo mismo Bonnaffé, (1) que Eudel, (2) Thibaudeau (3) que Blanc, (4) y Maze Sencier (5) que Clement de Ris, (6) y Davillier, (7) pretenden describir el tipo del aficionado á antiguallas, haciendo resaltar su peculiar caracter.

- (1) *Les amateurs de l'ancienne France*; París-1882.
- (2) *Le Truquage*.
- (3) *Le Tresor de la Curiosité*; París-1857-1858.
- (4) *Les Artistes de mon temps*; París-1876.
- (5) *Le livre des collectionneurs*; París.
- (6) *Les amateurs d'autrefois*; París-1877.
- (7) *L'amateur*; Comédie par N. T. Barthe-1764-París-1870.
L'Anticuaire; Comédie-1751-París-1870.

No hace muchos años se los designaba con el nombre de *curiosos*, y La Bruyère decía que la curiosidad no era el gusto por lo bueno ó lo bello, sino simplemente por lo raro, por tener cosas que otros no pueden conseguir

A causa de esto, en algunos ánimos estrechos adquiere á veces, la fuerza de una verdadera pasión y despreciando el placer que proporciona á toda persona inteligente, la contemplación de una reliquia artística, se convierte en perturbación mental, movidos por la cual ciertos coleccionistas, repelen, hasta con indignación, cuanto no pertenece á la escuela, época ó estilo á que concretan sus aspiraciones.

No es así, seguramente, el verdadero aficionado. Aún cuando se limite á reunir objetos correspondientes á una sección ó período determinado de las bellas artes, no puede menos de estimar cuanto atrae las miradas por la pureza de la línea, como cuanto eleva el espíritu á causa de la sublimidad de la concepción, ó maravilla la inteligencia, por la perfección del trabajo.

El aficionado inteligente no es aquel anticuario de brocha gorda, mercachifle de la historia, dice el erudito don Cayetano Fernández, cuyo placer estriba sólo en que se le admire como entendido y poseedor de cosas raras y peregrinas, las cuales compra y vende á precios exorbitantes, sino que figura entre los que ayudados de su mucha erudición y de la presencia de sus idolatrados objetos, rompen con el tiempo y el espacio, y van á colocarse en medio de sociedades y civilizaciones remotas; las saludan con veneración, aspiran su aroma y hasta conversan con generaciones pulverizadas ya por los siglos.

Existen, sin embargo, algunos que forman colecciones, por impulsos de vanidad, y no son peritos ni tratan de serlo.

Hubo un tiempo en que todo personaje, recientemente enriquecido, al construir su espléndida mansión, ordenaba se pudiese en ella una gran biblioteca. Como el cuidado quedaba á cargo del tapicero ó mueblista, éste hacía los huecos acomodados al tamaño de las encuadernaciones y aumentaba los volúmenes á medida que el espacio lo exigía, resultando así obras que, á primera vista, ocasionaban la admiración de los bibliógrafos, al ver ediciones compuestas de mayor número de tomos que los que ellos conocían.

Años atrás ocurrió algo parecido con las salas de armas de los castillos feudales, cuando era lujo tener arneses de gala y gran copia de piezas de armería para los vasallos que habían de acompañar á los señores en sus expediciones, siempre que la tierra se levantaba en armas.

Después, los quebrantos de la guerra, el excesivo gasto que ocasionaba la franca hospitalidad á todos concedida, la escasa atención prestada á la propia hacienda, las devastaciones frecuentes ocasionadas por gentes maleantes dadas á tomar cuanto encontraban á su paso, solían ocasionar considerable merma en las rentas y estados de la Nobleza, disminuyendo, por lo tanto, el contingente de vasallos que habían de presentar á la Corona, y, sin embargo, las armerías continuaban como en los tiempos de mayor esplendor, y aquellas colecciones recibían incesante aumento, y se estendían, cubriendo los amplios muros de los castillos señoriales, con vistosos y variados trofeos.

No faltan tampoco, como dejo indicado, algunos curiosos que cifran su empeño en adquirir lo que es solamente raro, prescindiendo del arte y fijándose en detalles fútiles ó particularidades sin importancia.

Estos casos aislados han servido para hacer la caricatura del anticuario, redactada por hábiles plumas, entre las que descuella la de la Bruyère, con su famoso retrato del abate de Marolles.

Hay también otros aficionados presuntuosos, que dan á cada paso su opinión, siguiendo cierta tendencia que se advierte entre los que pasan por eruditos: la de emplear, constantemente, un aire magistral y decisivo, que impone al vulgo.

Desde los que concurren á los estudios de los pintores y se creen obligados á hacer indicaciones, casi siempre desacertadas, dando consejos que nadie les pide, hasta los que, en presencia de algún resto de arte antiguo, analizan, disertan y fallan con tono dogmático, en todos ellos se observa aquella manera especial, que nace de la equivocada creencia de que el que tiene que enseñar, calificar ó juzgar, debe considerarse revestido de una autoridad indiscutible.

¡Como si en estos tiempos de libre exámen se contentase nadie con el aspecto exterior de las gentes y las cosas!

•Nuestros artistas—exclama Diderot—se ven asediados por una polilla presuntuosa que se llama los aficionados y daña mucho á sus trabajos.»

•Estos aficionados—añade Sulzer—son almas frías, á las cuales las artes son muy indiferentes en el fondo, aunque algunas veces parecen interesarles; entusiastas fuera de tono, la mayor parte cómicos de sentimiento, charlatanes difusos y vagos, llenos de amor propio, que sostienen las opiniones que han adoptado por casualidad, ó tomándolas de otros; hombres, en fin, que hablan sobre las reputaciones y las aptitudes y se adjudican el derecho de juzgar sin apelación.»

Aficionados serios y verdaderamente entendidos, han existido en todas las épocas del arte.

Los griegos formaron pocas colecciones particulares, porque sus estatuas y pinturas, colocadas en los lugares más públicos; despertaban el amor á la corrección de la línea y obtenían la purificación del gusto, siendo allí el arte un fruto del suelo que no necesitaba mayor auxilio.

El Altis, frondoso bosque consagrado á Júpiter, se hallaba adornado con profusión de estatuas de atletas, cuadrigas brisas de mármol y bronce, obtenidas en premio por los vencedores de los juegos olímpicos, y dadas en ofrenda á Jove.

El Liceo, el Parthenon, el Areópago, llegaron á ser verdaderos museos que guardaban piedras grabadas, bustos de filósofos célebres, estatuas y cuadros de maestros.

El arte había llegado á tal altura, la perfección obtenida de la acertada combinación del estudio del natural, con la aplicación de las leyes del gusto más depurado, producía obras tan exquisitas, que se comprende fácilmente que no fueran muchos los que pensarán en formar colecciones, abundando, tan solo, los bibliófilos (1). El que á su arbitrio contempla las más deliciosas creaciones del genio de los maestros, no puede quedar satisfecho con la posesión de un objeto de limitado valor artístico.

(1) Bonnafé. *Causeries sur l' Art et la Curiosité* Paris 1878.

II.

En Roma recorrió la afición á las antigüedades, especiales trámites.

Les faltaba el genio creador de los griegos, como observa M. Ampère; pero, en cambio, tenía el romano el sentimiento de lo bello y de lo grande, y con el sistema utilitario y práctico que caracteriza á sus instituciones, como explica sus guerras y define sus conquistas, se limitó á despojar los pueblos invadidos, arrebatando sus tesoros y llevando á Roma, no solo los productos del arte, sino hasta los mismos maestros sus creadores.

Este expedito procedimiento, erigido en sistema constante, hubo de originar, sin duda, el comienzo de las colecciones.

Los generales, los pretores y los gobernadores, empezaban por apoderarse de cuanto encontraban digno, á su parecer, de ser enviado á Roma. En los primeros tiempos lo mandaban todo, y después ya se quedaban con algo: conducta que ha tenido imitadores en todas las naciones y épocas.

La profusión de pinturas, mosaicos, estatuas y restos de preciosa cerámica encontrados en Pompeya, prueban, suficientemente, cuan apreciadas fueron las artes durante el apogeo de la civilización romana, cuando el austero Agrippa no titubeaba en pagar por dos cuadros, una cantidad equivalente á 228,437 pesetas.

Entonces volvió á verse lo sucedido en Grecia y que había de repetirse en las naciones civilizadas.

Los templos y edificios públicos se convirtieron en riquísimos museos, adornados con estatuas compradas por César, Augusto y Tiberio, adquiriendo el pueblo-rey los timbres necesarios para justificar este dictado en todas las esferas, y convirtiéndose Roma en un verdadero pueblo de estatuas.

Vence-lor de los Etolios, Marco Fulvio hizo figurar en su triunfo, 287 estatuas de bronce y 230 de mármol.

Nerón hizo llevar de Delfos á Roma 500 estatuas de bronce.

En las ruinas de la villa de Adriano, dice Winkelman, se

están extrayendo, hace 250 años, estatuas para todos los gabinetes de Europa y todavía queda mucho que descubrir.

¿Y qué tiene esto de extraño si Rodas llegó á contar hasta 30.000? Por cierto que hay quien cuenta que Demetrio Poliorcetes, levantó el sitio de aquella Ciudad, para no inquietar al pintor Protogene, que trabajaba en el único sitio por donde se podía dar el asalto.

Rápido fué el paso que en el estudio de las Bellas Artes, su llevar el pueblo romano.

A pesar de Cicerón, que consideraba los objetos de arte como simples bagatelas y juguetes, útiles tan solo para entretener á los niños, y Veleyo Patérculo, que entendía hubiera sido más honroso para Roma ignorar las artes que conocerlas; y Valerio Máximo, que calificaba la Pintura de profesión baja, mostrándose admirado de que un Fabio se atreviese á firmar sus cuadros, y Séneca, que creía indignas de figurar entre las artes liberales la Pintura y la Escultura, y Petronio y otros escritores, que las trataban con el mayor desprecio, pronto se verificó una completa reacción, y después de adornar los templos y pórticos públicos, no hubo romano poderoso que no aspirase á tener, en su casa, ricos museos.

Es verdad que algunos de aquellos severos censores habían cambiado de parecer, hasta el punto de que el violento Cicerón se declaraba bibliófilo empedernido, y al organizar su biblioteca, encargaba á Atico, que no cediese ninguno de sus libros por muy alto precio que le ofrecieran, y al mismo tiempo compraba cuadros y estatuas en Atenas, aprovechando la miseria que se enseñoreaba en aquella región, después del saqueo de Sila.

De todos los coleccionistas romanos, el más notable fué Verres.

Pretor, en Sicilia, la hizo teatro de sus expoliaciones sin abstenerse de emplear inconcebibles violencias.

Cuando llegaba á una Ciudad, obligaba á que le presentasen los objetos de arte más importantes, guardándolos buenamente, como en uso de un derecho perfecto. Si asistía á algún espléndido banquete y le agradaba la vagilla, la hacía recoger por sus criados, lo mismo que si siempre le hubiera pertenecido. Llegó hasta el extremo de examinar las sortijas que llevaban

los caballeros, según tradicional costumbre, y cuando hallaba en ellas piedras bien labradas, no las devolvía á sus dueños.

Así se explican y justifican los fogosos ataques de Cicerón, que, en una de sus oraciones contra aquel pretor, decía con su natural elocuencia:

«Niego que en toda la Sicilia, en esa provincia tan rica, tan antigua, entre tantas ciudades y familias opulentas, exista un solo vaso de plata, un solo bronce de Corinto ó Delos, una sola piedra preciosa, una sola obra en oro ó marfil, una sola estatua de bronce ó mármol; niego que exista una sola pintura, una sola tapicería que Verres no haya buscado, no haya examinado, y cuando el objeto le ha convenido, no se haya quedado con él.»

Con este sencillísimo sistema, aplicado con asiduidad, es fácil comprender la extensión é importancia que llegarían á alcanzar sus colecciones. El estudio de los bronceos, cuadros, estatuas de marfil, candelabros, piedras grabadas, alhajas y plata, que las componían, ha sido hecho por distinguidos escritores, con datos tomados de los discursos de Cicerón y otros antecedentes igualmente autorizados.

Mas, aparte de todas las concusiones y desmanes que aquella maravillosa junta de objetos de arte, sin igual en el mundo, representaba, hay que reconocer en Verres un fondo de verdadero amor al arte, intenso al punto de que, llegando al grado de avasalladora pasión, le hacía perder el conocimiento y explica, en cierto modo, su carencia de escrúpulos para adquirir cuanto apetecía.

Muchos lances de su vida lo acreditan. El día mismo de su proceso, en el momento en que el más temible orador de su tiempo, iba á conseguir se le condenase á la restitución de la enorme suma de cien millones de sestercios, veinte de pesetas, próximamente, olvidado de su grave responsabilidad, se entretenía en casa de su amigo Sisenna, examinando algunas raras piezas de platería, después de haber pasado largo rato en el taller que instaló en Siracusa, donde dirigía el trabajo de los más eminentes cinceladores italianos, allí, por su cuidado, reunidos.

La manera de sentir y proceder del afamado pretor, recuerda los consejos que un veterano y conocido bibliófilo daba

á un aficionado novel: «Cuando se desea un libro—decía gravemente—lo primero es averiguar quien le tiene y enseguida procurar conseguir del dueño que le ceda, empleando, al principio, el halago y la lisonja, después, el engaño y la amenaza y, por último, si fuese absolutamente preciso, el veneno y el puñal!!»

Verres, que había huido de Roma, por consejos de su defensor Hortensio, no pudo estar mucho tiempo apartado de su colección, y volvió, con nuevo afán, á disfrutarla. La muerte vino, en cierto modo, á redimir sus culpas, á los ojos de los fanáticos, pues por no ceder varios bronce de Corinto al triunviro Antonio, coleccionista poco escrupuloso, vió su nombre incluido en las listas de proscripción, y pagó, con la vida, su amor al arte.

ENRIQUE DE LEGUINA.

Concluirá.